

El sentido de la vida

Cuando estoy dando clase, los alumnos me escuchan con atención (son adultos) y parece que todo es perfecto: se están enterando, ponen interés, contestan... A veces hay un detalle que estropea el embrujo del momento. A alguien le suena el móvil, que dicho sea de paso está prohibido tenerlo operativo durante las clases. Volvemos a la cruda realidad, me veo en la tesitura de dejarlo pasar (con el consiguiente riesgo de que vuelva a sonar, o que sean varios los que suenen) o de aplicar el reglamento: retirar el móvil.

Y yo me pregunto: si todos somos adultos, si conocemos las reglas, ¿por qué hemos de llegar a esto? Trasladándolo al tráfico, imaginémosnos las consecuencias bastante más trágicas que la interrupción de una clase y la dispersión en la atención que mantenían el resto de los alumnos. Una alteración en las normas de tráfico puede llevar a la silla de ruedas o a la muerte.

Los niños tienden a explorar la realidad, llevar la contraria y transgredir los mandatos, lo que les ayuda a la autoafirmación. Pero los que nos llamamos adultos porque tenemos bastantes más años y experiencia vivida, al no seguir las normas, ¿qué hacemos? ¿Quizá buscar la libertad de "lo que me da la gana"? ¿O más bien es que no hemos superado la edad infantil y nos quedamos en los 11 años? Cada uno debe buscar su respuesta.

Quizás hay normas absurdas y arbitrarias, pero las que se imponen para coordinar a la colectividad y ayudar a que funcionen las cosas de manera organizada y sin perjudicar a nadie (o lo menos posible) deben ser asumidas y respetadas, porque lo contrario altera la realidad, ¡y a veces de qué modo!

No estamos solos. No podemos vivir con libre albedrío; lo que hacemos u omitimos repercute en los otros y por ende en nosotros mismos. Si intentamos transmitir esto a los niños, siempre desde el ejemplo, estaremos ayudándoles a crecer y madurar como personas que podrán convivir en paz y aportar cosas positivas al resto, que es para lo que en última instancia estamos en este mundo.

Mi último apunte, que recojo de un diario titulado *La responsabilidad de los padres*, según la Universidad de Cambridge (y todas las personas con algo de sentido común), dice: "hay padres demasiados permisivos que no saben decir 'no' a sus hijos, mostrándose a su vez beligerantes frente a los docentes. Son incapaces de manejar el comportamiento de sus niños, que pueden llegar a ser altamente conflictivos. Reconocen que consienten todo a sus hijos para evitar conflictos". Y luego nos extrañamos de la violencia en las aulas y los ataques entre bandas juveniles. Cuando unos padres confiesan que no pueden con sus propios hijos o echan balones fuera responsabilizando a otros, hay un serio problema social.

Los límites nos permiten vivir en armonía; hay que asumírselos e imponerlos con respeto, pero con firmeza, desde el principio.



M^a Antonia Pérez García



Mobilización frente al Centro de Salud Los Ángeles en abril.
MATS 12 DE OCTUBRE

La Atención Primaria madrileña, dos años después

Los primeros días de la pandemia en Madrid, cuando en Atención Primaria (AP) nuestras plantillas se redujeron de forma importante (para cubrir de personal el IFEMA y por nuestros compañeros enfermos), cuando cerraron injustificadamente los Servicios de Urgencia de Atención Primaria, cuando los ancianos de las residencias morían abandonados sin asistencia de forma inhumana y cuando en los hospitales se habilitaba cualquier espacio para poner camas de UCI, entonces se me cruzó un pensamiento: puede ser la excusa perfecta para acelerar el deterioro del sistema sanitario público en Madrid, intensificar esto que el PP lleva haciendo tantos años...

Descarté la posibilidad de que, en medio de tanto dolor y sufrimiento, hubiera seres tan desalmados, capaces de anteponer sus negocios y su hoja de ruta a la salud de la ciudadanía. Lo descarté para poder seguir trabajando sin escatimar esfuerzo. Necesité desechar esa probabilidad porque si la admitía tendría que sentirme parte de una sociedad despiadada y sin valores, brutal y sanguinaria.

Ya han pasado más de dos años del principio de esta pesadilla y es evidente el acoso y derribo de la AP. No hay duda sobre el interés del hundimiento de nuestros centros de salud y se ha confirmado la bajeza moral y la falta de escrúpulos de los responsables del declive: Fernández Lasquetty, Ruiz Escudero y Díaz Ayuso.

La gerencia de AP en Madrid colabora intensamente en el maltrato de los profesionales y en la pérdida de sus características esenciales: la accesibilidad, la longitudinalidad y la presencia y cercanía. La falta de personal administrativo produce dificultad en el acceso telefónico, y esto conduce a vergonzosas colas en la entrada.

La pandemia ha supuesto un aumento importante de plazas vacantes: todas las jubilaciones y los traslados definitivos quedan sin ser cubiertos por otro profesional. Así hay más de 400.000 personas en Madrid que no tienen médico o pediatra asignado y no lo saben. Cuando estas personas solicitan atención, serán

atendidos por otro profesional del centro. Esta situación impide la longitudinalidad, que supone ser atendido de forma continua por el mismo profesional, lo cual se ha demostrado de forma científica que mejora la salud de la población.

Todos los días, prácticamente todas las ausencias se reparten entre los profesionales del centro, suponiendo una importante sobrecarga asistencial añadida a las extensas agendas. El raquítico tiempo disponible inicialmente para cada paciente, entre 5 y 7 míseros minutos, se acorta aún más con los repartos. Finalmente los pacientes piden cambio a uno de los médicos del centro y la plaza vacante se vacía, se amortiza.

Es tal la sobrecarga a la que estamos siendo sometidos por los repartos de los ausentes, que la gerencia nos intenta comprar con algo de dinero, pagando un complemento desde hace dos meses por tarjetas sanitarias atendidas, como si el dinero nos pudiera mejorar las condiciones laborales indignas, como si el dinero nos diera más tiempo para atender adecuadamente al paciente.

Otra de las condiciones esenciales de la AP es la presencia: nunca la atención telemática puede sustituir a la atención presencial en una relación terapéutica. Es patético intentar localizar un dolor por teléfono e imposible explorarlo. Es muy frustrante sostener una crisis de ansiedad sin presencia y, desgraciadamente, el nivel de ansiedad es muy alto en toda la población en estos difíciles momentos. La consulta telefónica tiene sus indicaciones: temas burocráticos de receta o baja laboral, explicar resultados de analítica y alguna duda, poco más. Pues bien, la Consejería acaba de anunciar la creación de una Centralita Sanitarizada con más de 80 profesionales, que darán atención telefónica. Lo venderán como unidad de apoyo a la AP. Si el deseo fuera reforzar realmente, harían contratos estructurales en los centros de salud.



Ana Encinas
Médica de Atención Primaria
Plataforma de Centros de Salud

No nos engañemos, la Atención Primaria no es interesante para sus negocios. Una AP potente promueve la salud y previene la enfermedad. Con condiciones adecuadas, en los centros de salud se da atención resolutoria en más del 80% de las consultas, evitando su llegada a Urgencias. Si contamos con el tiempo necesario, disminuimos la utilización de fármacos y la derivación a especialista. Todo esto disminuye el negocio de la industria farmacéutica y de la privatización encubierta.

Es preferible el caos, colas interminables, atención no satisfactoria, creación de *call centers* privados, para así empujar a la población a contratar un seguro privado (ya el 39% de la población lo tiene), robando a la ciudadanía su derecho a una sanidad pública, universal y de calidad, que no es gratuita porque cada uno de los que aquí vivimos la sufragamos.

La pregunta quizá sea: ¿cómo es que los trabajadores no se movilizan? No tengo clara la respuesta. Imagino que influye la "anestesia" general de la sociedad, el cansancio físico y emocional, la desesperanza de no ver un posible cambio, la "normalización" de nuestra sobrecarga o el miedo a represalias. En mi caso, el miedo es a ser cómplice del derribo, y creo que todos nosotros lo somos si no informamos a la ciudadanía de lo que sucede puertas adentro. Atender cada día entre 40 y 50 personas, de forma presencial y telefónica, pone en juego la dignidad del profesional y la del paciente, y supone para mí un grave conflicto. Para poder continuar, hago de la consulta un lugar inviolable, y del mejor trato posible un acto revolucionario.

Termino con una buena noticia: la ciudadanía despierta. En diferentes rincones, sumando sus fuerzas, comienza a organizarse. Ya son muchos los pueblos y barrios que empiezan a desentumecerse, a frotarse los ojos y ver la realidad. Solo hace falta que consigamos creernos que es posible.